

La divulgación agrícola ante una coyuntura favorable



Desde 1940, la reacción del agricultor español frente a los consejos de la técnica ha variado considerablemente, si hacemos referencia y recordamos la situación anterior a 1936. La evolución mundial, desarrollada precisamente en el campo mismo de esa técnica agrícola e industrial, ha venido a colaborar decididamente en ese cambio tan trascendental.

Sin embargo, no debemos hacernos excesivas ilusiones, porque nuestra evolución a saltos puede considerarse como clásica y hasta pudiéramos decir específica por el propio temperamento hispánico, y hay que considerar siempre el peligro de una falta de estabilidad en los avances logrados de esa forma.

Es obligado dar firmeza a lo que sólo se logró en momentos en que acuciaba un fenómeno económico agudo, al que por instinto se aferra el hombre al producirse, buscando afanosamente cuanto contribuya al logro de beneficios.

Si hubo unos años inmediatamente posteriores a 1940 en que la crisis alimenticia, con única solución por vía nacional, movió a los agricultores a aceptar, no sólo de buen grado, sino con avidez y decisión, cualquier apoyo de la técnica al incremento de producción, llámese tractores, abonos, insecticidas, por reflejarse su uso de manera decisiva en unos beneficios que entonces podían ser grandes, debemos aprovechar actualmente ese reconocimiento popular de lo que representa la técnica agronómica, admitido en el ambiente rural y en el urbano, estabilizando ahora esa mejor predisposición para la divulgación agrícola, que podemos además desarrollar en un medio cuyo nivel de vida se ha elevado considerablemente, y con él la cultura y la curiosidad, en poco más de tres quinquenios.

Aquel clásico, y me atrevo a decir lógico, divorcio entre la técnica, sobre todo la experimental, y quienes con su aplicación podían dar eficacia a sus dictados, ha ido aminorándose en apreciable grado, y estamos, por tanto, en un momento decisivo para el éxito de la propaganda de esa técnica, con rápidos resultados de eficacia.

Lógico era, decimos, ese divorcio que sufrimos por tanto tiempo, porque no puede esperarse que el científico sea hábil divulgador de sus trabajos, ni pretenderse que el agricultor, por propia iniciativa, establezca contacto con los Centros de investigación para recabar un asesoramiento del que desconfiaba y desconfiará siempre, aun en los casos de buena voluntad, por la supuesta, y algunas veces real, lejanía entre el laboratorio o la parcela de ensayo y el campo mismo en su más concreta acepción, con unas constantes tan locales que exigen su previo conocimiento antes de aventurar consejos de alguna trascendencia.

Además, el lenguaje de la ciencia no suele ser similar al que se baraja en la vida cotidiana, y tiene que sufrir la correspondiente traducción para llegar con fuerza suficiente a los corazones y los cerebros de quienes esperan sus novedades.

Lo más sencillo, en efecto, era crear, como se ha hecho, algo intermedio, que

sobre todo tuviese fe respecto a los dos sectores divorciados. Porque nunca insistiremos bastante en reconocer que no hay nada más difícil que lograr eficacia en una labor que se ejercita sin fe.

Queremos analizar precisamente cómo, antes de nacer la Extensión o Divulgación agrícola de conocimientos técnicos, existía en cada sector de los aludidos una desconfianza, una duda, una apatía; en definitiva, una falta de fe recíproca.

Cuanto mejor y más encumbrado era el técnico como tal, menos fe podía tener en el rendimiento sacado por los agricultores a sus consejos, por suponer una resistencia nacida de la rutina, que se disfrazaba con las expresiones, por parte del sector rural, de «falta de práctica», de «experiencia local» o de «conocimiento de la realidad».

Los agricultores, bajo su punto de vista, no podían creer en quienes les aconsejasen soluciones a sus problemas o avances técnicos para «su» terreno, sin verlo apenas, sin conocer prácticamente sus dificultades ni las estrechas dimensiones económicas de su empresa, obstáculo importante para la adecuada recepción de innovaciones.

La creación del Servicio de Extensión Agrícola nos calma y nos tranquiliza en estas inquietudes, porque en sus manos está el aprovechar ese impulso de postguerra, avivando el enlace adecuado de esos dos sectores antes tan divorciados.

El éxito, a mi juicio, dependerá, más que de la propia organización del Servicio y de la adecuada preparación técnica de los agentes, de la fe que éstos pongan en la obra, al identificarse, por una parte, con el ambiente rural, conociendo y disipando sus recelos, y por otro lado, conservando a través del tiempo una fe permanente en la técnica que tienen que divulgar.

Sólo con fe completa podrán mantenerse en el fiel de esa balanza y garantizar su pleno rendimiento, pues cualquier desvío desproporcionado hacia los técnicos o los agricultores provocaría su anulación en uno u otro sector, no pudiendo en el futuro colaborar eficazmente en esa importantísima misión que les toca cumplir en beneficio del país.

Cualquier Servicio oficial o Centro de investigación que precise dispersar sus campos de ensayo experimental por el territorio nacional, debe encontrar en los agentes de Extensión Agrícola un apoyo decidido como base del éxito. La observación permanente de las experiencias es la que suministra más auténtico valor a las mismas, y la pequeña incidencia o anormalidad señalada en la observación del ciclo vegetativo debe quedar registrada por el agente, encariñado en su zona con la labor divulgadora que pueda desprenderse en el futuro de los resultados de aquella experiencia.

La agricultura, sin estos observadores propios en pleno ambiente rural, nunca podría llegar a identificarse con sus preocupaciones ni a encontrar esa solución específica para el pequeño gran problema de una zona agrícola.

La fe decidida del agente, su progresiva formación técnica, paralela a su penetración con la zona rural donde desarrolle su actividad, son los factores que pueden hacer el milagro de la eficacia, tan extraño en el agro en el aspecto divulgador.

De la rapidez con que éste asimile el progreso científico, aceptando los consejos de la técnica, depende nada menos que el bienestar de la nación.

Consideramos como de buen agüero el que hayan nacido el Servicio de Extensión Agrícola y sus Agencias con la elegancia insólita de empezar modesto para luego crecer, primer caso que nuestra mente recuerda en la legislación española.

GABRIEL BORNÁS Y URCULLU